

SALUDO

El cuidado pastoral de las vocaciones

BENIAMINO STELLA*

Señores cardenales, excelencias reverendísimas, queridos sacerdotes, hermanos y hermanas:

Hace pocos días se hizo pública la decisión del Santo Padre de dedicar, la próxima Asamblea general ordinaria del Sínodo de los obispos, que tendrá lugar en octubre de 2018, a un tema de gran importancia en la actualidad: «Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional».

La finalidad de la reunión sinodal –como afirma el boletín de la Sala de prensa de la Santa Sede– es «acompañar a los jóvenes en su camino existencial hacia la madurez para que, a través de un proceso de discernimiento, puedan descubrir su proyecto de vida y realizarlo con alegría, abriéndose al encuentro con Dios y con los hombres y participando activamente en la edificación de la Iglesia y de la sociedad».

Me parece que en estas palabras se resume perfectamente lo que denominamos «pastoral vocacional», un ámbito de vital importancia en el que cada uno de vosotros, de diferentes maneras y con funciones específicas, ofrece sus servicios: acompañar a los jóvenes, escucharlos, apoyar su madurez interior y, sobre todo, ayudarles en el discernimiento del proyecto de Dios sobre sus vidas.

Así, mientras que se ponen en marcha en busca de la propia vocación, los jóvenes pueden entrar en contacto con Dios y discernir de qué manera el Señor les está pidiendo ser «piedras vivas» de su Iglesia, descubriendo que también el camino del sacerdocio ordenado constituye un bello y gozoso camino para la vida humana.

Es tan urgente recuperar la conciencia de la importancia de esta tarea, que la Congregación para el Clero ha pensado promover este Congreso. Con este fin, se han reunido aquí todos ustedes, procedentes de muchas partes del mundo, para reflexionar juntos e iniciar un intercambio fraternal de experiencias humanas, espirituales y pastorales.

Relevantes invitados, que amablemente han aceptado la invitación del Dicasterio, nos ayudarán a entrar en el tema y a plantear las preguntas adecua-

* Beniamino Stella es el Cardenal Prefecto de la Congregación para el Clero.

das para la reflexión compartida; por mi parte, me gustaría que esta iniciativa no sea algo aislado y ocasional, y sin el debido seguimiento pastoral.

Hace unos días, celebrando la eucaristía en Santa Marta, el papa Francisco ha recordado hasta qué punto el ser elegidos y amados por Dios es fundamento de nuestra vida humana y espiritual: «Un cristiano es una persona elegida. Pensamos en una pareja, cuando espera un bebé: ¿Cómo será? ¿Y su sonrisa? ¿Y la manera de hablar? Pero yo me atrevo a decir que también nosotros, cada uno de nosotros, ha sido soñado por el Padre como un papá y una mamá sueñan al hijo que esperan. Y esto te da una gran seguridad. El Padre te ha querido a ti, no a la masa sin nombre, no: a ti, a cada uno de nosotros. Es el fundamento, es la base de nuestra relación con Dios. Nosotros hablamos a un Padre que nos quiere bien, que nos ha elegido, que nos ha dado nombre» (Papa Francisco, Homilía en Santa Marta, 13 de octubre de 2014).

Por tanto, la pastoral vocacional «no es un elemento secundario o accesorio, o un momento aislado o sectorial, como una simple parte, aunque relevante, de la pastoral global de la Iglesia» (Juan Pablo II, *Pastores dabo vobis*, 34), sino como el alma de la misión de la Iglesia; la vocación, de hecho, es connatural al ser cristiano y al ser Iglesia, porque en el origen de todo lo que hay está la mirada de Dios que se ha posado en mi vida y me ha llamado.

Me pareció importante, en este sentido, retomar el lema del Santo Padre, traído del relato evangélico de la vocación de Leví, como título de este Congreso: *Miserando atque eligendo* («Lo miró con misericordia y lo eligió»). Es precisamente la amable y misericordiosa mirada del Señor, que se fija en nosotros y nos elige, la base de nuestra vida y de nuestra felicidad.

Jesús pasa, mira con amor, nos llama a seguirle. Y en el misterio de esta llamada, en la mirada que no nos juzga, sino que nos escruta en nuestro interior y nos mira, en la aventura del caminar sobre sus huellas, puede cada uno descubrir un proyecto que Dios le dirige personalmente a él.

Como pastores del Pueblo de Dios, no podemos permanecer indiferentes ante esta dinámica evangélica: nosotros somos ungidos y enviados no para administrar lo sagrado o para organizar y dirigir una estructura, sino más bien para «pasar» entre los hermanos, mirarlos en profundidad a fin de que les alcance la mirada de Dios, acompañarlos en el viaje, escuchar sus preguntas y asumir deseos, para que puedan descubrir el tesoro oculto que habita en ellos: la vocación.

Nuestro compromiso, sobre todo en el acompañamiento de los jóvenes, se debe caracterizar por ser una capacidad educativa y espiritual creativa, mediante la cual podemos superar la distancia que hay entre nuestra sensibilidad y la de las nuevas generaciones, ofreciéndoles una escucha amorosa y una compasiva comprensión, acompañar mediante el diálogo sus preguntas sobre el misterio de la vida y ayudarles a buscar al Señor, de modo que, seguidamente, algunos, dejándolo todo, le sigan.

El papa Francisco nos ha ofrecido un retrato robot ajustado de este arte del acompañamiento personal de los procesos de crecimiento, calificando de profesional esta tarea de toda la Iglesia, porque «en este mundo los ministros ordenados y los demás agentes pastorales pueden hacer presente la fragancia de la presencia cercana de Jesús y su mirada personal. La Iglesia tendrá que iniciar a sus hermanos –sacerdotes, religiosos y laicos– en este *arte del acompañamiento*, para que todos aprendan en todo momento a quitarse las sandalias ante la tierra sagrada del otro (Ex 3, 5). Tenemos que darle a nuestro caminar el ritmo sanador de *proximidad* con una mirada respetuosa y llena de compasión, que al mismo tiempo sane, libere y anime a madurar en la vida cristiana» (Papa Francisco, *Evangelii gaudium*, 169).

Nuestra tarea, especialmente en el acompañamiento a los jóvenes, debe caracterizarse por una creativa capacidad pedagógica y espiritual, a través de la cual puedan superarse las distancias con la sensibilidad de las nuevas generaciones y, mediante el ofrecimiento de una amorosa escucha y compasiva comprensión, acompañarles, dialogar, plantear preguntas sobre el misterio de la vida, ayudarles a buscar al Señor y seguirlo, en algunos casos dejándolo todo.

De hecho, «en una civilización paradójicamente herida de anonimato y al mismo tiempo obsesionada por los detalles de la vida de los demás, impudorosamente enferma de curiosidad malsana, la Iglesia necesita la mirada cercana para contemplar, conmoverse y detenerse ante el otro, cuantas veces sea necesario» (*ibid.*, 169).

El Santo Padre subraya que esta experiencia de encuentro ayuda a las personas a conocer mejor la propia historia y a orientarse en el futuro a partir del contacto con Dios, hacia el cual nosotros deberíamos conducirlo a través de un ejercicio de escucha, discernimiento y docilidad al Espíritu.

Es aquí donde nosotros descubrimos hasta qué punto nuestra misión pastoral está «destinada a cuidar el nacimiento, el discernimiento y acompañamiento de las vocaciones, en particular de las vocaciones al sacerdocio. Precisamente porque la falta de sacerdotes es ciertamente la tristeza de toda Iglesia, la pastoral vocacional exige hoy, sobre todo, ser asumida con un nuevo, vigoroso y más decidido compromiso por parte de todos los fieles» (Juan Pablo II, *Pastores dabo vobis*, 34).

Es este empeño por animar, promover y proponer las vocaciones, de manera especial las del sacerdocio ordenado, a lo que llamamos pastoral vocacional; está refiriendo a la historia concreta de cada uno y al contexto cultural y eclesial en el que trabaja, no puede ser conducido a través de programas abstractos o soluciones precocinadas, sino que necesita de personas que sean expertas en reconocer el «misterio de la vida del otro» y saber guiarlo, con paciencia y comprensión, al encuentro consigo mismo y con el Evangelio de Cristo (Papa Francisco, *Evangelii gaudium*, 172).

Por todo ello, pastores y agentes pastorales nos encontramos aquí precisamente para crecer en la misión que se nos ha confiado: necesitamos nuevos estímulos para acoger la novedad que el Espíritu nos sugiere, para preguntarnos sobre los métodos y el lenguaje del anuncio vocacional y, sobre todo, para aprender cada vez más a favorecer el encuentro entre los jóvenes y Dios, mostrándoles que vale la pena seguir al Señor, también en el camino del ministerio ordenado.

Al tiempo que les doy mi más cálida bienvenida, quiero agradecerles su numerosa presencia y desearles que esta iniciativa constituya una valiosa oportunidad para la oración, el agradecimiento a Dios por el don de la propia vocación, la reflexión y la confrontación. Y que todo ello pueda enriquecerles y aportarles herramientas valiosas para continuar con nuevo ímpetu la misión vocacional en sus respectivas diócesis.